

## LA PINTURA DE PEDRO FLORES

**N**O puedo envanecerme de haber descubierto a Pedro Flores, cuya luminosa carrera empieza bastante antes de 1945, fecha en la cual tuve la dicha de presentarlo al público parisino. Se me ha reprochado a veces el preferir el elogio a la crítica agresiva. Es que yo hubiera deseado hablar, tan sólo, de los artistas excelentes. Ni uno tan siquiera, de los entonces desconocidos, que yo anunciaba lleno de alegría en la época de mi crítica militante, casi hace medio siglo, ha desmentido sus promesas ni las mías. Me atrevo hoy a enorgullecerme de esto, cuando veo a mi amigo Pedro Flores alzar tan alto su arte delicado y potente.

Su obra es ya considerable. Desde 1945—contando tan sólo desde el día de nuestro encuentro—no solamente ha pintado telas tras telas de inspiración constante, con una técnica cada vez más sabia, sino que, incluso, ha grabado como si reinventara el grabado; ha realizado tapicerías que son otras tantas sorpresas, sin perturbar la serenidad de los artesanos encargados de ejecutarlas; ha trabajado para el teatro, dándonos los decorados y los figurines para *La zapatera prodigiosa* de Lorca, superando a todos sus rivales en el arte sutil de los agrupamientos de los personajes exigidos por la acción, verdadero dramaturgo de las formas y de los colores; ha colaborado directamente con el coreógrafo de la Opera en la gloria de Cervantes; ha sido el primero en atreverse a crear, después de Picasso, nuevos decorados y figurines para *El sombrero de tres picos*, a satisfacción de Picasso, cuyo desprecio por los discípulos directos es bien conocido.

La exposición de ahora—octubre, 1954—nos muestra a un Pedro Flo-



res fiel a sus temas del primer momento. Los pintores españoles tienen suerte; pueden fundarlo todo sobre la exaltación de un héroe de leyenda o sobre esos *actos sacramentales* [sic] que proponen los toros y el flamenco, mientras que un pintor francés caería en el ridículo si se atuviera a Caperucita Roja—mal sustituto de D. Quijote—, al «Grand Prix», o a ese «french-cancan» que ni tan siquiera nos atrevemos, decentemente, a nombrar.

Pero sólo como poeta universal Pedro Flores se reapodera de un folklore nacional. Este inspirado está tan poseído por la técnica, como Paul Valéry quería que se estuviera. En el colmo de su ensueño alado se plantea—como Derain exigía que se plantease cuantas veces se tome un pincel— «todos los problemas de la pintura».

Flores ha querido planteárselos en los más diversos climas; en esta calle Mouffetard de la que nadie, antes que él, supo expresar sus rudas alegrías transpasadas de luminosas violencias; en la Bretaña de marineros y campesinos. Pedro Flores no necesita renovarse. Cada día aumenta en una sabiduría nutrida por feliz fiebre. Los dones providenciales se desarrollan por una especie de virtud artesana. ¡Paciente y espontáneo Pedro Flores, improvisador cuya improvisación dirige largos trabajos! Yo he hablado frecuentemente del «gobierno del color»; Pedro Flores es hoy uno de sus maestros.

